

MEMORIAS
DE UN
CADAVER
SANTI BARÓ



MEMORIAS DE UN CADÁVER

SANTI BARÓ



Primera edición: octubre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Paloma Muiña
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Marta Mesa

© Santi Baró, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9058-6
Depósito legal: M-27832-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A las Palomas de Madrid
que me dan alas para seguir volando.*

1

Bela, una chica de quince años tímida y reservada, de pelo corto y ensortijado, mejillas coloreadas y fofas, labios finos como una raya rosada y unos ojos enormes y oscuros que se esconden debajo de unas largas pestañas, cruza la calle con la velocidad y falta de atención típicas de quien anda huyendo. Casi sin mirar. A la aventura. El semáforo se pone en verde para los peatones al mismo tiempo que en ámbar para los coches que giran la esquina. Bela, que anda tan distraída como se viste y se peina, o sea, con poco cuidado, cruza sin más. Está asustada, parece que la persiguiera el diablo. Llega a la acera de enfrente y, casi corriendo, continúa su camino. La calle está abarrotada a primera hora de la tarde. Es jueves y, entre los chicos que salen del cole, las madres que acompañan a casa a los más pequeños, los que van a comprarse la merienda y los que entran o salen de trabajar, el tránsito humano es casi insoportable. Bela se choca con un hombre que la mira con mal humor, levanta un brazo y la increpa. Ella ni se da cuenta: va a lo suyo, concentrada en su huida. Solo desea llegar a casa y estar a solas. Lleva una carpeta con

las tapas azul marino apretada contra el pecho. Su carpeta, al contrario que la de su hermana, no luce adhesivos ni mensajes escritos con rotulador. La carpeta de Bela parece que acabara de salir de la papelería: imponente y perfecta.

Por fin llega al portal de su edificio, saca las llaves del interior de una riñonera, abre, llama al ascensor y, mientras espera, advierte que al detenerse la angustia crece, como si andando se ventilaran las fiebres y se aligerara el trauma.

Su corazón palpita desbocado. De reojo, vigila la entrada de la calle mientras el viejo aparato baja como con desgana, lento y pesado, ronroneando esos movimientos mecánicos que desde pequeña ha aprendido a escuchar. Su metódica frecuencia le recuerda el tictac de un aburrido reloj de salón. Por fin monta, cierra los ojos y aguanta la respiración. No soportaría quedarse encerrada. Si el ascensor se averiara con ella dentro, se mataría a arañazos como víctima de una posesión. Bela, a veces, sube por las escaleras, pero hoy no tiene tiempo. Necesita estar a solas cuanto antes.

Entra en casa. Su madre ya ha llegado. Su trenca de color rojo cuelga del perchero, detrás de la puerta. No tiene un horario fijo, nunca llega a la misma hora. Trabaja en una empresa de embutidos en las afueras de la ciudad, en el departamento de *marketing*. Bela se da cuenta de que no tiene ni idea de en qué consiste su trabajo. Es algo de publicidad, de acuerdo, pero ¿de qué se encarga ella? Nunca se lo ha preguntado. Bela se dirige al baño; antes de abrir la puerta, percibe que alguien se está duchando. ¿Será su hermana Yolanda,

o tal vez su madre? Pega una oreja a la madera y solo consigue oír sus propias palpitaciones. Entonces, como un lejano eco que proviene del salón, le llega la voz de su hermana acoplada a las risas infantiles de Adri, su hermano pequeño. El caramelito de la casa. Bela camina por el pasillo hacia ellos, pero en lugar de participar en su juerga, los observa desde el quicio de la puerta. Yolanda está tumbada en el sofá, boca arriba, haciendo volar a Adri entre sus brazos y sus pies. Lo sube, lo baja y le da vueltas como si fuera un ventilador. Él ríe alocadamente, se troncha, parece que de tanta carcajada se va a ahogar de un momento a otro. Yolanda gira la cabeza al darse cuenta de que su hermana los está mirando. No dice nada. Simplemente, incrementa la intensidad del juego y Adri, rojo como un pimiento, explota en un torbellino de risas que le hacen jadear. Mientras, la angustia sigue enramándose como si alguien hubiera depositado una semilla en el estómago de Bela. Lo hace tan aprisa que las ramas superiores crecen y se reproducen alrededor de su tráquea, igual que si una enredadera gigante estrechara su cerco y la dejara sin aire. Bela boquea como una trucha fuera del agua. Desesperada, da media vuelta y se encierra en su habitación. Se tumba en la cama boca abajo, abre la carpeta y vuelve a leer el *e-mail* que ha impreso una hora antes. Su significado, que ahora parece claro, transforma las palabras en horrendos seres que se burlan de ella. Lo arruga hasta convertirlo en una bola de papel y lo tira. No lo hace con rabia, sino con decepción. Bela quiere llorar, pero no puede. Se da la vuelta y contempla el techo de su habitación.

Un día miraré así, arriba, como ahora, y al siguiente ya no estaré. Y tú continuarás como siempre, tan blanco, frontera entre el cielo y mi soledad. Encerrando todos mis miedos, mis penas y mis secretos. Frío, ajeno y hueraño. Pero yo ya no estaré, sino que, desnuda de temores, subiré a esa montaña donde no existe la soledad.

Bela cierra los ojos y suspira profundamente. Su corazón bombea tanta desidia que siente el sabor de la sangre en la boca. Su respiración se ha vuelto incontrolable y teme que la pueda ahogar. Tiembla y tiritita como si la hubieran dejado tirada en medio de la nieve, sin abrigo, sin esperanza, sin calor, sin nada, mientras esa ansiedad que no cesa de crecer en su interior ya asoma por su boca buscando el techo tan blanco, debajo del cual Bela llora con la desesperación y la tortura del que lo hace sin lágrimas.

Se levanta de la cama y sale de su habitación. Enfrente tiene el cuarto de baño, por donde se filtra el estruendoso alboroto de un secador. Un poco más allá, cerca del salón, la habitación de sus padres. Un triángulo de luz que proviene del salón ilumina parte del pasillo. El rumor de las risas de Adri, que aún juega con Yolanda, le llega nítidamente. Bela sonrío en un gesto tierno y protector. Sabe que Adri necesitará ayuda, mucha ayuda. Bela lo quiere un montón, pero, por más que lo quiera, nada puede hacer por él; está sentenciado en una lucha perdida donde la esperanza no es más que una mentira. Un puñado de mentiras. Por fin, al pensar en su hermano, cuatro lágrimas afloran en su rostro. Bela se alegra: *llorar es una habilidad que no está al alcance de todos.*

Luego, entra en la habitación de sus padres. Está a oscuras, pero prefiere no dar la luz. *El camino hasta la cima hay que recorrerlo de noche y con la única ayuda del resplandor de las estrellas.* Se acerca a ciegas a la ventana, sube la persiana lo justo para que un guiño del sol le muestre las sombras y, a continuación, se tumba sobre la almohada de su madre, en el lado derecho de la cama de matrimonio. Suspira profundamente para intentar controlar su jadeo. Mira el techo, tan blanco como el de su habitación, y se pregunta de qué secretos protegerá a sus padres.

¿Dónde se guardan los disfraces que te permiten sonreír? ¿Dónde se gana uno el derecho a ponérselos? Yolanda los estrena cada día y tal vez ni se da cuenta de que solo son eso: disfraces; que llegar a la cima es el único objetivo, lo único que importa, aunque el camino sea una maraña de espinos que te haga sangrar. Un paso tortuoso y obligado que los estúpidos como Yolanda recorren con hipócrita alegría.

Bela ladea su cuerpo hacia la mesita de noche. Enciende unas gafas y una novela con un marcapáginas que sobresale más allá de la mitad. Bela palpa en la oscuridad hasta que acierta en el interruptor de la lámpara para poder leer el título: *La mujer justa*, de Sándor Márai. La portada le evoca recuerdos clásicos, recuerdos que no son suyos, sino robados de otras épocas que no le tocó vivir. Una mujer antigua viste un escotado vestido antiguo de color azul turquesa. *La mujer justa, debe de ser*, piensa. El libro cae al suelo y el ruido que provoca la sobresalta. Las palpitaciones no le dan tregua. Desde que ha cruzado la calle, no le dan tregua. Desde

que las nubes se han dado prisa en esconder lo que ella creía que era su primer rayo de sol.

Bela abre el cajoncito de la mesita de noche de su madre igual que tantas veces ha imaginado hacer. Esas noches negras y oscuras en que la luna se esconde avergonzada por no poder iluminar el camino. Ahí es cuando se da cuenta de que ya es inútil esperar. Que no hay nada que esperar. Que los atajos sirven para abreviar y que es bueno tomarlos cuando lo único que importa es llegar.

Bela contempla el estuche de cartón color verde que tiembla entre sus manos como si quisiera escapar de su roce. Lo abre. En el interior encuentra un blíster de plata con dos espacios perforados y otros por estrenar. Los contempla sin sentir nada más que miedo, solo miedo, un miedo que se va apoderando de todo su ser y la ahoga, la marea, la angustia con tal energía que cree que la hará desfallecer. El sabor de la sangre en su boca es casi masticable y el bombeo de su corazón tan intenso que la golpea en el pecho con sonoros puñetazos, constantes, regulares y mecánicos: bum, bum, bum... Los puede oír perfectamente. Con los dedos temblorosos como última expresión de la enajenación que nubla su mente, intenta vaciar los blísteres. Las píldoras de color amarillo caen y se esparcen como huyendo. Unas ruedan por el suelo, otras encima de las sábanas, muchas sobre la mesita de noche. Bela observa los plásticos completamente agujereados entre sus manos, vacíos. El temblequeo de su mano hace vibrar las pestañas brillantes con un sonido que parece un sonajero. Bela se agacha y recoge las píldoras al

borde de un ataque de nervios, moviéndose como un borracho, sin coordinación, como si no lograra controlar su cuerpo. Encierra todas las píldoras que encuentra dentro de su puño, con la otra mano agarra el botellín de agua que su madre siempre tiene junto a la lámpara y, casi sin pensar, se las traga. Tose, escupe, se atraganta. Casi no le caben en la boca. Se ahoga estrepitosamente entre espasmos y un vaivén de costillas. Por fin, emitiendo un gemido que suena igual que un estertor, eructa un par de píldoras que salen disparadas de su boca como balas. Pero Bela sigue tosiendo, cada vez con mayor intensidad, hasta que un tierno sueño que surge de repente la abraza, la relaja, la acoge y la seduce... Se acurruca encima de la cama, recuesta la cabecita sobre la almohada de su madre y presiente que todos los miedos se perderán más allá de las nubes. Una sonrisa se perfila en su rostro; la montaña donde no existe la soledad se acerca. Bela cierra los ojos y cae en un profundo sueño.

